

# Bolsillos prácticos

**A**NTIGUAMENTE no se utilizaban los bolsos ni apenas las cestas ni mucho tampoco los sacos para usos cotidianos. Era en cambio corriente, valerse de los dobleces o repliegues de la indumentaria para llevar las cosas, utilizando, sin embargo, muy poco también los bolsillos habituales de las prendas de vestir. Por ejemplo, se puede asegurar que muchos hombres no utilizaron jamás los bolsillos de la chaqueta, pero todos hicieron del hueco de la faja,



Amparados por la manta, como está este sujeto, se vieron todos los novios de Alcázar, sin excepción. Aquel airazo no se podía aguantar y la manta era un alivio. «Estrella» tiró alguna vez del telón y comprobó que los de dentro no tenían frío. Aunque él no necesitaba pruebas, por ser alcaza-reño neto y rondador perseverante.

que llevaban liada a la cintura y de los bolsillos del chaleco o elástica, el departamento habitual del pañuelo, la navaja, la mecha o yesca, el eslabón, el pedernal y la petaca.

Era corriente en el hombre el pantalón de mandil, muy parecido al que llevan ahora los bailarines, y los bolsillos, con la entrada habitual a los lados, se dirigían hacia atrás y eran de buen tamaño, sirviendo de almacén cuando las necesidades del trabajo obligaban a tirar de la faja, como en los días de cava o de cantera.

Las mantas de las mulas eran prendas habituales de abrigo y el cojín que resultaba de doblarlas y coserlas para abrigar el anca de las caballerías, era un gran recurso para transportar inadvertidamente cosas de cierto volumen.

Esta prenda tiene en su historia aplicaciones típicas y pintorescas. Cuando había Consumos, en el cojín se pasaban de matute pequeñas cosas; un jamón, un barril de vino, un cuerno de aceite, etc. Los consumistas observaban como podencos la forma del cojín; aunque el peso iba

en la mano, siempre se notaba algo... Ella fué también la confidente de todos los enamorados de Alcázar, la que tapó todas las ventanas, la que protegió la audacia de muchos arriesgados, que escalaron piqueras o pasaban largas horas de relente en el santo suelo, que les parecía colchón de miraguano, hablando con la novia por un «alboyón».

Un escondite pequeño hallaba siempre el hombre en los pliegues del gorro o debajo de la gorra o boina, que no se quitaba ni para dormir.

La mujer también tenía buenos fuelles en su indumentaria, sin recurrir al pecho, que fué y será siempre su gran recurso de seguridad.

Ella se cubría con su saya de cobijar, que era la última, colocada de modo que pudiera desplazarse en todos sentidos sin alterar las buenas formas de la mujer en la calle, pues según los casos, se la subía de lado sobre un hombro, se la echaba al cuello por la espalda o se tapaba hasta la cabeza y cara, quedando la mujer total y correctamente vestida, pues debajo llevaba la saya bajera, el refajo, la saya camisonera y la camisa hasta los pies.